

El secreto de Isabella

Jess Lorens



Capítulo 1

PRÓLOGO

Nueve años atrás

—¡Espera! ¡Espera! No dispaes —supliqué a punto de echarme a llorar.

¡No llores Alessandro, tú no eres un simple mortal! ¡Eres la mafia! —las duras palabras de mi padre golpearon mis pensamientos como un torbellino demoledor.

Tragué la saliva espesa con sabor al hierro de la sangre de mi boca partida que se arremolinaba en mi garganta. Pero el dolor fue reducido a nada cuando vi a Aldo indefenso e impotente. Él no mataría le mataría y yo me encargaría de eso.

—¿Qué tengo que hacer? —terminé rindiéndome con mi voz ronca. Al parecer no logré convencerle con mi lastimero gemido porque quitó el seguro del gatillo del revólver que estaba justo en la frente de mi hermano, amenazando con terminar su vida en cuestión de segundos.

— ¡¿QUÉ TENGO QUE HACER?! —sentí la punzada de dolor en mi mejilla hinchada cuando grité desesperado por librarme del agarre de estos hijos de putas. Solo me importaba una cosa, mantener con vida a mi hermano menor que temblaba de miedo, desnudo y arrodillado en el suelo de ese viejo galpón impregnado de ratas y basura podrida.

El jefe de la familia Mazinni me observó interesado en mi sugerente propuesta y con un gesto le ordenó a sus lacayos que bajaran el arma.

¡Sí!, eso era lo que pretendía. Aunque no tenía una jodida idea de mi próximo paso—. Piensa Alessandro, ¡Vamos, piensa!

Antonio, o "Tony" Mazzini entrecerró sus ojos esmeraldas, duros y fríos —dignos de las familias de la mafia— en mi dirección. Le conocían por no tener piedad con sus enemigos; "Aquí te encuentro, aquí te mato" era su dicho, pero no sé hasta qué punto era verdad y tampoco estaba tan seguro hasta cual punto sería capaz de negociar.

No me dejé amilanar por su pose orgullosa y triunfante, aunque tuviera un aspecto que hacía a cualquiera mearse en los pantalones; ya estaba rondando sus cuarenta años, era robusto y endemoniadamente alto. Aun así no me sobrepasaba y eso que todavía me faltaban algunos centímetros por crecer.

Bueno, si es que me deja con vida.

— ¿Cuántos años tienes? —demandó con voz dura mientras ladeaba su cabeza para inspeccionarme.

—Voy a cumplir quince —dije agradecido de que mi voz no saliera como un alarido.

Me recorrió de arriba abajo y sé que veía con desprecio mi mugroso cuerpo desnudo y sangriento, pero una emoción —que no logré descifrar— destelló en sus ojos.

Lo pensó por un momento, al final dijo:

—Hay algo que harás por mí —ordenó sin un maldito "por favor" de por medio, entonces supe que era venderle mi alma al enemigo o morir tratando de escapar de sus manos.

Capítulo 2

Isabella

—¡Vamos Issa! Apresúrate o la señorita cara de bulldog va a subastar nuestras cabezas —apremia Agustina adelantándose unos pasos en medio de la calle despejada.

—Ya voy, es que se me salió el zapato —digo rengueando mientras trato de insertar el pie en el incómodo calzado de tacón con el que habíamos recorrido casi diez manzanas. ¿Quién me manda a hacerle caso a mis disque "amigas"?

La piel de mis brazos de erizan y mi instinto de supervivencia me grita que alguien nos persigue. Miro hacia todos los lados de la calle y no veo más que las farolas alumbrando las aceras vacías.

—Creo que ya me salió una ampolleta. ¡Oigan, no me dejen atrás!
—protesto mientras apresuro mi andar.

"Definitivamente no fue buena idea escaparnos del internado para ver a esos babosos" —pienso refiriéndome a los chicos que conocimos en una convención de alumnos internos hace unas semanas atrás—. "Ya estoy volviéndome paranoica".

Pero tanto insistieron las chicas que no pude negarme a sus bonitos rostros de perritos regañados, aunque haya quedado de sujeta velas. Cada una de ellas simpatizó con uno de los internos, pero yo no. Bueno, estaba Zach, el chico de pelo rubio y ojos marrones. Él era lindo pero le faltaba ese "Je ne sais quoi"—al estilo francés— que me hiciera ver corazones flotando por doquier y más cuando no se cansaba de mirar mis manos enguantadas y preguntar porqué los llevaba. A decir verdad, me sentí incómoda una vez empezó con su interrogatorio.

Mis amigas (a las que también considero la única familia que conozco desde que tengo uso de razón) dicen que soy demasiado fría y poco arriesgada ¿Ellas me estiman, verdad? Por eso les seguí en esta loca aventura en busca de sus "Romeos" —como diría Marcela, la romántica del grupo— para que no sigan pensando así de mí. Sé que ellas bromean con eso, me han demostrado que no tienen problemas con mi forma de ser y se los agradezco pero igual tenía que venir. Alguien tiene que ser la conciencia de todas nosotras y esa sería yo por ser la mayor, aunque apenas tenga diecisiete años.

Jadeante y sudorosa logro alcanzarlas.

—¡Prometan que volveremos hacerlo! —chilla Francesca batiendo su larga coleta de cabello rojo y dando saltitos en el pavimento—. Quiero... no, necesito volver a ver a Andrés. Es tan ¡Arrgsss! y besa tan ¡Uuumm!— gruñe y gime a la vez haciendo un gesto dramático como si fuese a desmayarse.

—Si es que salimos vivas de esta —replico haciendo una mueca con mi boca. Ruego al cielo para que la señorita Dissy —la directora del internado o mejor conocida como "Cara de Bulldog"— no se haya dado cuenta que cuatro de sus "prestigiosas" alumnas no están durmiendo plácidamente en sus respectivas camas.

—Vamos, que no es para tanto. Fue divertido y no me lo pueden negar —dice Agustina pasando un brazo por mis hombros.

— ¡¿Divertido?! Si casi me rompo una pierna saltando la cerca porque a esos idiotas no se les ocurrió salir a recibirnos —recuerdo enojada.

— ¡Ah!, no seas aguafiestas, Issa. Vamos a quedarnos para vestir santos si no salimos de esa desquiciada escuela —replica Francesca con impotencia.

— ¡Qué preciosas están, muñecas! —nos estremecemos cuando un auto lleno de borrachos reduce la velocidad al pasan por nuestro lado, ellos nos miran con asquerosos ojos lascivos y balbucean cosas obscenas hacia nosotras. Pero gracias a Dios no se detienen.

Después de eso la euforia del grupo de disipa como humo, dejándonos temblorosas y rogando llegar sanas y salvas al colegio. Creo que ahora las chicas están reconsiderando no escaparse de nuevo.

—Apresúrense chicas. Solo nos falta una cuadra más —las motivo e ignoro el dolor que siento en la planta de los pies de tanto caminar. Las cuatro nos apretujamos más cuando pasamos por un callejón que está lleno de penumbras y mi imaginación juega malas pasadas haciéndome creer que de un pronto a otro puede salir cualquier cosa de allí.

Y efectivamente, no me equivoco.

Todas sofocamos gritos de miedo en el momento en que un grupo de chicos —cinco en total— salen del callejón. Aunque es difícil distinguir sus rostros, puedo sentir como sus miradas siniestras y sus sonrisas maquiavélicas calan hasta nuestros huesos dejándonos aturcidas.

Ellos no están pensando nada bueno.

¡Ay no! ¿Ahora como salimos de está? —pienso mirando a todos lados buscando las maneras de cómo escapar. Pero es inútil, en un abrir y

cerrar de ojos ellos nos tienen acorralados.

—Quiero a la del flequillo —dice uno de ellos pero no logro distinguir quién es. Me estremezco aun más porque sé que se refiere a mí.

No por favor, nuestra vida no se puede terminar aquí. ¡Necesito ir a la universidad, vivir sola, trabajar, viajar, conocer el mundo, tener un novio al menos! —grito internamente y lo único que se me ocurre es...

—Chicas, vamos a correr— siseo bajito para que solo ellas me oigan—. A la cuenta de tres —digo mientras los delincuentes nos acechan como manada de tigres a punto de comer carne fresca—. Uno... dos... ¡TRES! —grito el último número y salgo disparada sin importar a quién me llevo por el medio.

Pero antes de que pueda avanzar apenas unos metros, alguien me hala por el brazo y me estampa contra la pared. Siento un dolor punzante en mi cabeza que envía pequeños puntitos negros a mi visión y ruego no desmayarme del dolor.

—¿A dónde crees que vas, zorra? —gruñe mi opresor mientras retiene bruscamente mis manos en lo alto de la pared y me aprisiona con su cuerpo de tal manera que no puedo mover el mío.

— ¡No! Por favor, suéltame —sollozo mientras fracaso en mi intento de liberarme. Mi agresor tiene la barba larga y me rasguña el cuello mientras me da besos babosos. A lo lejos oigo a las chicas gritar y llorar y eso me enfurece—. ¡Suéltame! —grito esta vez pero es inútil. Aún más lejos oigo el ruido de unas motocicletas acercándose, inmediatamente imploro al cielo para que alguien nos vea y nos ayude.

Aunque claro, a más de las doce de la noche todas las personas decentes están resguardadas bajos sus techos.

—Eres una niña salvaje, eso me vuelve loco —se burla y repudio su aliento a nicotina y alcohol. Ignorando mis pataletas, el desgraciado sujeta mis manos con una de las suyas (considerando que es el doble de grande que la mía) y la otra la introduce por debajo del dobladillo de mi blusa blanca del uniforme, sus asquerosas manos callosas rosando mis cicatrices.

Gimo asqueada cuando aprieta uno de mis senos con dureza y recuesta su miembro duro contra mi pelvis. Estoy a punto de vomitar cuando de repente soy liberada bruscamente y caigo de rodillas al suelo sin poder sostenerme.

Las lágrimas nublan mis ojos y en medio de mi aturdimiento escucho golpes y gritos. Alzo la mirada y veo como otro grupo de chicos —me doy

cuenta que son los de las motos. ¡Oh, gracias al cielo!— someten a nuestros atacantes.

Alivio me recorre el cuerpo y hago todo mi esfuerzo para no desmayarme.

Capítulo 3

Isabella

Con torpeza me coloco en pie, arreglo la camisa y ajusto mis guantes mientras corro a buscar a mis amigas. Gracias a Dios están bien, magulladas pero bien.

Con el miedo a flor de piel nos abrazamos y vemos como los motorizados acaban a patadas con los otros chicos. No debería alegrarme de verlos sangrar pero lo hago.

— ¡Ellas no se tocan! ¡¿Entendido, malditos imbéciles?! —grita encolerizado el más alto de todos mientras un disparo es soltado al aire.

Alguno de aquellos delincuentes se encuentra al borde la inconsciencia en el asfalto, casi agonizantes y hasta puedo creer que se ganaron algunos huesos rotos. Pero es el que estaba ensañado conmigo quien habla.

—Tranquilo, Garibaldi, solo estábamos divirtiéndonos —dice sonriendo con malicia mientras escupe algo de sangre sobre el suelo. Por lo visto alguien lo ha golpeado a él también.

—Pues vayan a divertirse a otro lado —ladra el otro chico.

—¿Ahora eres defensor de los pobres? —se burla.

—No, yo solo defiendo a lo que es mío y estas chicas lo son —El que se supone es Garibaldi dice con propiedad. No hago más que estremecerme con sus palabras.

—Vaya, no solo te conformas con una, ahora te gustan las colegialas.

—Maldita sea, Marcus, no quieres tener problemas con nadie. Será mejor que te largues con tu gente.

El tal Marcus hincha el pecho y sonrío como si su opositor le causara gracia pero sin decir nada le hace una seña a la manada de delincuente que lo acompañan y, cargando de a dos a los que quedaron inconscientes, se alejan por donde llegaron.

Entonces los motorizados se fijan en nosotras por primera vez. Nos estremecemos cuando el que se veía más frenético de todos se acerca hasta donde estamos reunidas como rebaño de ovejas asustadizas.

"Quizás estén buscando lo mismo que los otros" —pienso y mis ojos van directamente a mi defensor, noto que está enrojecido de furia. Tengo que

alzar mi cabeza para verle a los ojos... hermosos ojos grises como plata líquida o al menos eso es lo que la poca luz me deja ver.

— ¡¿Qué diablos hacen ustedes aquí?! ¿Por qué no están en el internado? —sisea con voz profunda y deliciosamente ronca mientras aprieta con fuerza su mandíbula, pienso que se la va a quebrar si sigue haciendo eso.

Un momento...

— ¿Cómo sabes que vivimos en un internado? —pregunto con perspicacia sin importar que mi voz tiemble al hablar.

Me parece ver un destello de sorpresa brillar en sus facciones pero no estoy segura de ello porque al instante su gesto cambia por una mirada dura, de reproche. Sin embargo, no puedo evitar que mi piel arda con las partes que tocan sus ojos grises cuando me mira de arriba abajo para volver otra vez a mi rostro.

—Supongo que ese uniforme no será de bailarina exótica ¿o sí? —dice sin una pizca de humor en su voz.

¿Por qué está tan molesto?

Miro hacia abajo y observo mis zapatos de tacón grueso, mis medias de paño blancas hasta la rodilla, mi falda de cuadros rojos y negros a juego con mi blusa blanca que lleva estampado el logo del internado.

—No tienes ningún derecho a hablarnos de esa manera —mi voz sale aun más temblorosa y tengo ganas de llorar. Demasiada adrenalina recorre mi sistema sanguíneo y me siento un poco humillada por todo lo que acaba de suceder.

— ¿Qué no lo tengo? —Sonríe pero es un gesto que no llega a sus ojos—. Acabamos de salvar sus vidas así que podemos hablarles como queramos. Ahora hagan como si son unas niñas buenas y caminen al internado. Nosotros las escoltaremos —espeta con rudeza.

—No es necesario que... —trato de decir haciendo acopio del poco orgullo que me queda pero él me detiene con una mirada asesina.

— ¡¿No es necesario?! —alza la voz teñida de enojo y yo cierro los ojos suspirando lentamente—. Estuvieron a punto de ser violadas ¿Y me dices que no es necesario que las escoltemos?

—Issa, él tiene razón. Solo vámonos, ¿sí? —gimotea Francesca detrás de mí.

El chico se da la vuelta y camina hasta su motocicleta negra con rojo, subiendo de un salto sobre ella. De repente una vaga sensación de familiaridad se instala en mis recuerdos...

¿Dónde le he visto? —trato de hacer memoria pero soy aturdida con el rugido ronco de las motos, las cuales eran alrededor de diez.

El mismo sujeto me perfora con la mirada antes de colocarse el casco a juego y nosotras apresuramos el paso hacia nuestro refugio en el internado.

"Ya nos atraparon una vez, Dios mío no permitas que la señorita Dissy nos atrape. Eso sería muy mala suerte" —ruego cuando abrimos una vieja puerta que descubrimos hace tiempo detrás de los matorrales.

Soy la última en entrar pero antes de hacerlo, siento que alguien me retiene por el codo. Doy un traspié y mi costado tropieza con un pecho duro y fornido. Al instante trato de alejarme pero el chico me lo impide, al contrario, se quita el casco y clava sus ojos —y su mirada intimidante— sobre los míos obligándome a girar para encararlo.

Ahora que lo detallo mejor bajo la luz de la farola me doy cuenta que es mucho más alto de lo que pensaba, su cabello despeinado parecía castaño claro o cobrizo, no estoy segura, una sombra de su barba le cubre la mandíbula y olía... ¡Vaya! olía muy bien, como a limón y al aire puro del mar. Mi pulso se comienza a acelerar y no tengo ninguna explicación para eso.

—No vuelvas a cometer una locura como esa ¿me oyes? —sisea con sus dientes apretado.

Con un fuerte jalón me suelto de su agarre, que aunque no me hace daño me incómoda.

— ¿Quién te crees para darme órdenes? —me envalentono asombrándome a mí misma. Generalmente suelo ser amable y respetuosa cuando me dirijo hacia los demás, pero sucede que nadie me había hablado así... hasta ahora.

Él arruga el entrecejo y por un instante su mirada se pierde en algún punto de mi rostro.

— Nadie. No soy nadie, Isabella —dice recobrando la compostura y con un pequeño trote vuelve a su moto. Yo me quedo congelada en mi lugar, los engranajes de mis pensamientos dando vueltas en su intento de encontrar sentido a sus palabras, hasta que por fin logro balbuceo.

— ¿Cómo... cómo sabes mi nombre?

Estoy segura que ninguna de las chicas lo había mencionado en ningún momento.

En vez de responderme, me da una última mirada llena de pesar y rápidamente se coloca el casco. Eleva la palanquilla que la estaciona y con un rugido de su motocicleta sale a toda velocidad por la calle.

— ¡Espera! —grito intentando detenerle pero es inútil. La oscuridad de la noche ya se lo ha tragado.

Capítulo 4

Isabella

— *iMamá!* —grito con voz ahogada. *El humo me asfixia pero sigo arrastrándome por el suelo—. iMamita, ayúdame!* —sollozo tratando de toser en busca de alivio para mis pulmones que queman por la falta de aire.

—*iIsabella!* —grita una mujer desde el otro lado de la habitación pero las llamas son tan altas que no me dejan verla.

Estoy segura que se trata de ella, lo sé porque escuchar su voz me tranquiliza pero ahora tengo mucho miedo y no paro de llorar.

— *Quédate donde estas, Isabella* —insiste mi madre pero no le hago caso. *Quiero que me abrace, quiero que me diga que todo estará bien. Así que limpio las lágrimas y busco salir debajo de mi cama, pero cuando mi pequeña mano se asoma al exterior algo cae sobre ella haciendo que me retuerza del dolor. Es inútil jalar mi mano, está presionada con lo que creo que es una viga del techo de madera encendida en llamas.*

— *iQuema! iQuema!* —grito pero nadie me ayuda.

Quema... por favor...

— *iIsabella!* —puedo sentir como alguien me llama. *Pero yo sigo tratando de sacar mi mano debajo de las llamas de fuego que están consumiendo mi delgada piel.*

Quema y duele mucho...

Quema y duele mucho...

—*iIsabella por el amor de Dios, despierta!* —alguien me sacude por los hombros.

—*iNooo!* —un grito ronco y aterrorizado sale de mi garganta. *De golpe me siento en la cama. No puedo respirar, no puedo...*

—*Ya, ya pasó* —me consuela la señorita Dissy mientras me acaricia la espalda.

Respiro profundamente para calmar los hipidos que aún quedan del sollozo pero no cierro los ojos porque si lo hago veré esas llamas que se

han convertido en mi peor pesadilla.

—No te has tomado tu medicina hoy —me reprende pasándome un vaso de agua y coloca una pequeña y redonda pastilla blanca en mi otra mano.

—Lo siento... es que se me olvidó —respondo avergonzada después de tragar la gragea.

—Ya ves lo que pasa cuando se te olvida, Isabella. Es de estricta orden médica que la tomes antes de dormir —me amonesta ella levantando su esbelta figura de mi cama, siempre tan correcta en su forma de pararse, siempre tan elegante con su cabello recogido en un moño...

—No volveré hacerlo —susurro jugueteando con mis manos sobre mi regazo—. Aunque no entiendo una cosa —digo pensativa y ella se queda petrificada por un momento. Luego acomoda la colcha sobre mí con demasiada lentitud. Sus ojos marrones me perforan pero no me estremezco. Ya estoy acostumbrada a que me mire de esa manera, son once años de mi vida viviendo con ella.

— ¿Qué no entiendes, Isabella? —pregunta con aprehensión cuando vuelve a sentarse sobre la orilla de mi cama. Me parece que su respiración se ha acelerado un poco.

—¿Por qué es que siempre tengo el mismo sueño? —pregunto algo abrumada. Con un movimiento casi imperceptible mira mis manos enguantadas pero rápidamente fija sus ojos en mi rostro. Veo como traga saliva y luego de un carraspeo responde:

—Ya sabes lo que dice el doctor Davies, es tu terror a quedarte sola y abandonada que hace que tu subconsciente produzca esas pesadillas. Pero no tienes nada que temer —sonríe con amabilidad, sin embargo hay algo en su mirada que me causa desconfianza—. Nos tienes a nosotras y no seremos capaces de abandonarte. Nunca —promete retirando el flequillo que según ella cree que molesta en mis ojos. No sé por qué razón esa promesa me inquieta.

"Son cosas mías" —pienso y trato de recibir el beso que deposita en mi frente con mucha ternura.

—No sigas pensando en esas cosas y descansa. Mañana... hoy —rectifica mirando el reloj en su muñeca—. Tienes clase de historia a primera hora.

—Si, señorita —ella hace la mueca de una sonrisa, apaga la luz de la lámpara que está en mi mesa de noche y camina hacia la puerta.

Siento como sus ojos se clavan en mi silueta antes de salir pero no le prestó mucha atención porque Morfeo ya me está acurrucando en sus

brazos...

El eco de mis pasos apresurados resuena en todo el pasillo del colegio.

No puede ser, voy tarde. ¡Voy tarde! —no me canso de reprocharme mentalmente el haberme quedado dormida mientras corro a toda prisa con mi libro de historia en la mano. Y para más colmo mi sección de clases correspondiente está en la última aula. Llego y jalo la manilla pero caigo de bruces cuando de repente alguien abre la puerta.

—Tarde otra vez señorita Britto —me increpa el profesor Díaz tendiéndome la mano para ayudarme a levantar del suelo.

—Lo... lo siento, es que...

—Se quedó dormida. Lo sé —pone los ojos en blanco mientras ajusta las gafas que descansan en el puente de nariz aguileña. Oigo las risas ahogadas de las alumnas y me esfuerzo para que la sangre no se acumule en mis mejillas. Aunque es algo difícil de ocultar dado a mi tendencia de piel color leche o pálida, como mejor te parezca.

Sacudo mis rodillas y tomo mi libro del suelo. Alzo mi mentón y hago mi camino hacia el asiento en la parte de atrás del salón.

—Continuamos en la página 138... —el profesor retoma su clase y yo me involucro enseguida.

—Pss... —minutos después una bola de papel cae sobre mi mesa. Miro hacia la dirección de donde fue lanzado y noto que Marcela me observa con sus ojos azules lleno de preocupación, lleva su cabello rubio atado en una trenza y como siempre se ve atractiva y fresca como una lechuga.

"Igual que yo" —pienso sarcásticamente. Siento los ojos hinchados a causa de la falta de sueño y mi cabello debe estar hecho un nido de pájaro, apenas y me dio tiempo de ajustármelo en un tosco moño alto.

—Lee —gesticula señalándome la bola de papel. Con cuidado de ser atrapada in fraganti lo oculto debajo de la mesa y lo desenvuelvo rápidamente. La letra garabateada de mi amiga salta a la vista:

"¿Tuviste otra pesadilla anoche? ¿Te encuentras bien? Tus gritos se escucharon en todo el internado".

—No puede ser —susurro para mí misma plantando la palma de la mano— o del guante de piel— sobre mi frente. Sacudo la cabeza y gesticulo de

vuelta:

—Más tarde te cuento.

Ahora sí que es imposible ocultar el rubor de mis mejillas y menos cuando siento por primera vez en esta mañana como todas mis compañeras de clase me escudriñan con sus miradas indiscretas.

Capítulo 5

Isabella

—Estoy mejor chicas, no tienen de qué preocuparse —respondo a la avalancha de preguntas de mis amigas.

¡Dios santo!, ¿así me veo? —pienso cuando observo mi reflejo en el espejo del baño. Mi moño torcido y mi flequillo castaño dan la impresión de haberse peleado con un gato rabioso. Como puedo me arreglo un poco.

—No nos gusta que seas la comidilla de todo el colegio, Issa —dice Agustina rodeándome con sus brazos desde mi espalda— ¿Seguro que estas bien?

Pongo los ojos en blanco y veo sus ojos negros azabaches a través del espejo. Ella es mucho más baja que yo pero se para en puntillas para descansar su barbilla en mi hombro.

—Claro que si, tonta. Ya estoy acostumbrada a que todos me vean así. Además, ya no me va a volver a suceder porque —recalco esta vez entrecerrando mis ojos hacia Francesca— voy a estar en mi habitación a la hora correcta. ¿Verdad, Francesca? —la perforo con la mirada a través del espejo pero ella no me mira, sus ojos están clavados en una luz que sale del interior de sus manos.

—Está bien. Podemos irnos un poco más tarde. O puedes llevarte el frasco de pastillas si deseas —dice con indiferencia acomodando su cabello detrás de su oreja.

—¿Qué? —giro bruscamente haciendo que Agustina se muerda la lengua.

—¡Auch! —se queja la lesionada pero no le prestó atención. Lo único que tiene mi mayor interés en este momento es Francesca y su desquiciada cabeza.

—No es lo que estoy pensando, ¿verdad? —chillo anonadada.

Al fin Francesca levanta su mirada verde limón y dice con una enorme sonrisa dibujada en sus labios. —Si es que vamos a salir otra vez esta noche entonces ¡sí!, es correcto lo que piensas —dice dando saltitos de alegría.

—¿Estás volviéndote loca? ¿Pero cómo...? ¿No acordamos que...? —No encuentro qué decir, las palabras se atorán en mi garganta. ¿Es que estas chicas no aprenden? ¡Vamos a ser violadas y quién sabe si algo peor que

eso nos hubiese pasado.

—Bajen la voz, que pueden oírnos —apremia Marcela dando miradas nerviosas hacia la puerta.

— ¿Ustedes también? —pregunto esta vez enfocando mi vista en Marcela y Agustina. Ellas bajan la mirada y entonces sé que están de acuerdo—
¡No puedo creerlo! ¡De verdad que no puedo creerlo! —exasperada levanto las manos.

—Será divertido... ¡Vamos, Isabella! —suplica Marcela agrandando sus grandes ojos azules y juntando sus manos como si estuviera rezando. No esa mirada otra vez, no.

—Andrés dice que podemos estar allí a las 10pm —nos informa Francesca.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto dudosa.

—Es que Andrés me regalo este celular para que podamos comunicarnos —chilla la pelirroja alzando el aparato en su mano—. ¿No es genial?

Mi boca se abre en una enorme "O".

— ¡Oh mi Dios! Definitivamente ustedes se han vuelto locas ¿Saben que va a suceder si la directora nos atrapa? —camino en círculos dentro del pequeño espacio que me ofrece el baño.

—Eso no va a pasar —Francesca hace un gesto despectivo con la mano—. Será la última vez, ¿sí? —dice haciendo un lindo puchero de bebé y las otras traidoras hacen un gesto afirmativo.

—No lo sé, esto no me gusta para nada —balbuceo recelosa de la situación.

—¡Issa, por Dios! A ver... ¿alguna vez has besado a un chico?

Abro mi boca para decir algo pero... ¿Qué voy a decir? Suspiro pesadamente—. No.

—¡Ves?, no sabes de lo que te pierdes —su mirada se pierde por un momento mientras se muerde el labio y una sonrisita ridícula brota de su boca—. ¿Podrías imaginarte lo que sería tener sexo? —alza las manos y hace una valla de publicidad imaginaria con sus manos.

Las chicas se ríen entre dientes pero a mí no me parece gracioso.

—No piensas acostarte con Andrés ¿verdad? —pregunto asqueada.

—¿Por qué no? —guarda el celular en su bolsillo de la falda y saca un brillo labial del interior de sus senos—. Es guapo y está dispuesto. Además, no sé cuando conoceremos a otros chicos, así que...

—¿Por qué no esperas a que seas mayor? Te faltan solo dos años para eso —sugiero con ojos suplicantes.

—A ver, querida Isabella —se sienta sobre el lavabo devolviendo el brillo a su sitio entre sus pechos y cruza las piernas en modo sugestivo—. ¿Sabes cuál es la estadística de jóvenes que han tenido relaciones antes de ser mayores de edad? —niego con la cabeza y me cruzo de brazos. Me siento enojada con todo esto, no me gusta que ellas se comporten de esa forma tan descarada e inconscientes—. Ochenta y cinco por ciento... ¿Sabes lo que significa eso para nosotras?

—Que somos chicas maduras consientes de sus actos.

—¡Peeee! —Hace el sonido como si estuviera apretando el típico botón rojo de perdedor—. Respuesta incorrecta, querida amiga. Significa que estamos dentro del quince por ciento de las jóvenes que son vírgenes y no se a ustedes, pero a mí no me gusta estar entre la minoría —dice echando su alborotado cabello rojizo detrás de su hombro.

—¿Ah, sí? ¿Y también sabes el porcentaje de las jóvenes que son infectadas por enfermedades de transmisión sexual? —contraataco.

—Para eso existe el condón —me desafía con la mirada. Ya su sonrisa tonta se ha borrado de su rostro.

—Ya paren, chicas. —La voz de Agustina suena nerviosa detrás de mí. Pero no le hago caso, necesito sacar esto que llevo dentro, necesito proteger a mis amigas...

—Pues nunca he escuchado de una mujer a la cual un condón haya impedido que le rompan el corazón —espeto con más brusquedad de lo que pretendía. Sus ojos se abren como platos desbordando sorpresa pero al instante se recompone, con un salto se baja del lavabo y acerca su rostro al mío. La furia con la que me traspasa es bastante agobiante pero yo le sostengo la mirada.

—Eres tan cobarde, Isabella, que te quedarás sola. No habrá nadie que te soporte y vas a hundirte en tu cochina soledad. —Mis ojos se fueron humedeciendo con cada palabra teñida de crueldad hasta que al final un sollozo se atora en mi garganta.

De pronto sus ojos se vuelven más claros, ella se aleja de mí y ahoga un jadeo, parece no creer que me haya dicho aquellas palabras y pestañea arrepentida.

—¡Francesca, ya basta! —grita Marcela colocándose entre nosotras y abre sus brazos con la intención de protegerme. Pero el mal ya está hecho.

—Issa... yo —trata de tocarme pero yo las empujo cuando paso por el lado de ellas y salgo corriendo a mi refugio...a mi habitación. Sin embargo, no puedo olvidar sus palabras que perforan mi mente como si de un taladro se tratara.

Eres tan cobarde....

Te quedarás sola...

Cierro la puerta de mi habitación y hecha un mar de lágrimas me voy resbalando contra la pared hasta que caigo sentada en el piso. Apoyo mi cabeza sobre mis rodillas y aprieto los ojos con fuerza.

Al instante oigo unos nudillos tocar mi puerta.

— ¡Issa! ¡Issa, abre, por favor! —Es la voz amortiguada de Agustina al otro lado quién me llama.

—Déjenme sola —susurro con voz ronca pero sé que ella no pueden oírme.

—Issa —ahora es Marcela la que me insta.

—¡Déjenme sola, por favor! —grito esta vez y me levanto del suelo con torpeza.

Después de un tortuoso silencio escucho sus pasos arrastrarse por el pasillo y ahora no trato de reprimir un gemido... o dos, quizás tres, hasta que al final no quedan lágrimas en mis ojos.

Me siento y subo los pies en el alféizar de mi ventana, gracias a Dios hoy es jueves y tengo la tarde libre. Así que ni siquiera salgo a almorzar cuando dan las doce del mediodía.

Bajo la mirada hacia mis manos y poco a poco me voy despojando de los guantes de piel que las cubren.

Sé lo que hay debajo. Esos signos de viejas quemaduras que se reúsan a desaparecer. Giro mis manos lentamente y el tintineo de la pulsera de plata que siempre llevo en mi muñeca me recuerda que alguien la puso allí. ¿Quién? No lo sé. Cada vez que le pregunto a la señorita Dissy

siempre responde lo mismo:

—Llegaste con ella puesta, mi niña.

Alguien me la regalo y me gustaría saber quién fue. Pero a estas alturas ya sé que es un imposible. Nadie ha venido a verme desde que estoy aquí y desconozco si tengo algún familiar allá fuera...

Detallo la delicada pulsera y menciono los atrayentes números que guindan en forma de dijes. Ni idea de lo que significan. Pero lo que más me intriga es esa pequeña llavecita que cuelga justo en medio. Quisiera saber qué es lo que abre...

Hago un amago de risa ante aquel alocado pensamiento.

Sacudo la cabeza y vuelvo a colocarme los guantes. Me abrazo las rodillas y me quedo allí observando cómo el sol se va ocultando tras las montañas... cómo su luz se va apagando dejando al mundo oscuro y lleno de tinieblas... un reflejo claro de lo que está sucediendo en mi interior.

El bramido de una motocicleta afuera en la calle me despierta de golpe haciendo que caiga sentada en el piso justo sobre mi trasero.

—¡Auch! —chillo cuando el dolor punza en la parte afectada.

Me levanto sobándome el moretón que seguro causó el golpe y curiosa me asomo por la ventana —Tener la habitación con vista hacia la calle tiene sus ventajas—. Me sorprende con lo que veo.

Una moto negra con roja...

¿De dónde...? ¡El chico de ayer!

¡Bingo!, sabía que lo había visto en algún lado.

Nunca le había prestado atención pero ahora que recuerdo no es la única vez que lo veo fuera del internado.

¿Qué hace por aquí, de todas maneras?

Un auto negro se estaciona detrás de él y el chico se baja de su moto, quitándose el casco se asoma por la ventana del conductor e intercambian algunas palabras. Luego el chico "cara de pocos amigos" sube nuevamente en su moto pero no la enciende. Se queda allí mirando hacia... ¿mi ventana? El auto enciende y con un bramido del motor se aleja en la calle.

Pero el motorizado no se mueve y así sucede por cinco minutos más o menos.

—Issa... —pego un grito cuando alguien toca mi puerta. Casi muero de un susto—. Issa, soy yo... Marcela. —Su voz se escucha apagada y triste—. Te traje la cena... voy a dejarla aquí afuera...

— ¡No! —grito y salgo disparada a abrirle la puerta.

Ella abre los ojos como plato y me observa de arriba abajo.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

—Es la única que tengo. Entra, entra —apremio con urgencia y le jalo del brazo para que se apresure a mi habitación.

—¿Issa, qué pasa?

—Tienes que ver esto —le quito la bandeja y la pongo encima de la peinadora, luego empujo a mi amiga hacia la ventana y por una rendijita de la cortina le señalo en la dirección del chico motorizado.

— ¡Es... es nuestro caballero de brillante armadura! —chilla cuando reconoce al sujeto en cuestión. La miro con cara de póker pero sé que su cabecita no escupe más que historias románticas—. ¿Pero que hace aquí? —dice frunciendo su ceño—. Quizás vino a cuidar que no nos escapemos de nuevo o... ¡ya sé! —salta emocionada—. Quedó irremediable y perdidamente enamorado de ti que no puede vivir ni un segundo alejado de tus brazos —suspira y pestañea con una mirada soñadora.

— ¿Qué? —arrugo el gesto confundida con toda su palabrería.

—Está bien, está bien. No digo más —alza las manos en forma de rendición.

—No es la única vez que lo veo rondando el internado —sacudo la cabeza y pensativa mordisqueo mi dedo pulgar.

— ¡Mierda!, ¿Y si es un asesino en serie que tiene un fetiche con chicas vírgenes? —susurra como si él pudiera escucharnos desde aquí y yo tuerzo los ojos.

—No estaríamos vivas ¿no lo crees?

—Entonces, ¿tienes alguna idea? — pregunta echando un vistazo por la rendija de la cortina.

—Tal vez... —mi mente estaba tramando una idea... una muy peligrosa pero tenía que intentarlo.

—¡Ay, no Issa! No me gusta cuando pones esa cara ¿Qué estas tramando?
—su mirada acusadora está perforándome y yo le regalo una sonrisa llena de travesuras.

—Creo que alguien tiene una cita con el destino esta noche.

Quizás vaya a arrepentirme o quizás no...

No sabré hasta que lo intente, pero lo único que no quiero es seguir siendo una cobarde...

Capítulo 6

Isabella

—Isabella lo... lo siento —Francesca solloza sobre mi hombro.

Ya era tarde en la noche cuando decido ir a su habitación. Al entrar me mareo de ver tantos tonos rosados con lo que adornada exageradamente su espacio, ella me vio entrar y saltó sobre mí encerrándome en sus brazos. Me asfixia un poco pero tranquilos, no pasa nada.

—Yo no quería decir nada de lo que dije —continúa.

—No tienes de qué arrepentirte. —Ella se aparta un poco y me observa con sus ojos llorosos y su cara enrojecida.

— ¿Qué? Por supuesto que sí me arrepiento. Tú nunca vas a quedarte sola... nosotras... yo no lo haré. Eres como mi hermana y... —Pero cubre su rostro con las manos y se echa a llorar otra vez.

—Francis... —acaricio su brazo con ternura. No me gusta verla así. Sé que para ella también soy como su familia. Casi nunca ve a sus padres y cuando se va en temporadas de vacaciones regresa hecha trizas.

—¡No! —sopla ruidosamente su nariz en el cuello de su pijama. Y yo trato de no colocar cara de asco—. Tú eres la que tienes razón. Es más, le enviaré un mensaje a Andrés para decirle que lo nuestro se acabó —determina alzando su mentón.

—No tienes porque hacerlo, Francesca. Lo único que trato de decirte es que se tomen su tiempo para conocerse. No puedes acostarte con el primer chico que se atraviesa en el camino... no lo sé, prueben con otra cosa.

— ¿Otros tipos de besos? —me mira confundida mientras se sienta en la cama.

Yo pongo los ojos en blancos y liberando un suspiro resignado me siento al lado de ella.

— No... Hablo de conocerse más, tener una cita, utilizar la boca pero para hablar ¿me entiendes? y quizás más adelante, si te gusta de verdad puedan compartir...ya sabes, la intimidad y esas cosas. Creo que esa es la diferencia entre tener sexo y hacer el amor — susurro esto último mientras jugueteo con mi pulsera de plata que llevo puesta.

Ella reprime una risa y dice: —Suenas como una anciana...

—¡Oye! —empujo su hombro juguetonamente y me uno a sus risas.

—Pero me gusta la idea... tienes razón. No debo ser una perra fácil —dice pensativa dándose golpecitos con el dedo en su barbilla.

—¿Si no una perra difícil? —trato de quitar el hierro al asunto.

—¡Exacto! —chilla dando una palmada en el aire y muertas de la risa nos echamos de espalda sobre la cama.

Después de un rato, Marcela y Agustina abren la puerta con cuidado de no hacerla chirriar y entran de puntillas.

—¡Oigan! Pensé que ya estaban lista para la fiesta —Agustina pone sus manos en sus caderas y mueve su pie con impaciencia.

—De hecho, no iremos a ningún lado —dice Francesca haciendo como si limpiara las uñas de sus manos—. Acabo de dejar plantado a Andrés en mi misión de ser un hueso duro de roer.

Ellas se quedaron con cara de póker y yo les expliqué que nuestra amiga rubia iba a ponérsela un poco difícil al pobre chico... sí, pobre porque Francesca a veces es demasiado extremista.

—Aunque dice que podemos ir el domingo porque harán otra fiesta... pero aun no lo he decidido — dice mordiendo su labio mientras revisa su nuevo celular.

—¿Cómo harás entonces, Isabella? ¿Ya les contaste el plan? —pregunta Marcela y yo me levanto de un salto.

—¡Ah!, no...

—¿Qué plan? — Francesca me observa curiosa con sus penetrantes ojos azules.

—Chicas, necesito que vean algo —digo y las apresuro para que vayan a mi habitación. Lo bueno de este internado es que cada una de las alumnas tiene su propio espacio con ducha incluida. No es por presumir pero este es el más costoso de toda la ciudad y cuidado si del país también. La directora dice que alguien dejó un cheque al nombre de la institución cancelando once años de internado a mi favor. Créanme que no quiero pensar en la gran cantidad de dinero que eso significa.

A hurtadillas caminamos por el pasillo, deteniéndonos en cada esquina para ver si alguien estaba despierto. Siempre estaban las maestras

encargadas de la vigilancia nocturna pero son tantos años en este lugar que hemos aprendido a esquivarlas.

Me asomo por una de las esquinas y no veo a nadie venir.

—Sin moros en la... ¡La directora! —susurro un grito cuando veo una silueta atravesando el pasillo —¡Corran! —Las empujo hacia atrás y entre trompicones corremos por el pasillo.

— ¿A dónde? — preguntan desesperadas.

—Al cuarto de aseo. Allí —digo señalando la puerta que estaba a pocos pasos. Como podemos entramos en el pequeño espacio.

Se escuchan el eco de los tacones de aguja de la directora acercándose por el pasillo. Ella habla con alguien...

—Pronto cumpliré la mayoría de edad. No podemos dejar que...

— ¡Mi pie! —chilla Marcela cuando la piso sin querer.

—Lo siento —trato de moverme y un par de escobas se vienen encima haciendo ruido.

—Mierda, mierda. No respiren —contenemos la respiración cuando la señorita Dissy deja de hablar. Oigo que detiene sus pasos dejándonos en suspenso... casi nos resignamos a ser atrapadas pero gracias al cielo algo la obliga a andar.

—Si... sí, estoy aquí. Esos malditos ratones, tenemos que fumigar nuevamente. Como sea... quiero mantenerla lo más lejos posible de todo este asunto.

Su voz se pierde en el pasillo y nosotras liberamos el aliento que teníamos retenido.

— ¿De quién estaría hablando la señorita? —Francesca hace la pregunta que a todas nos ronda por la mente.

—No lo sé... vamos, ¡Rápido! —digo y salimos como alma que lleva el diablo hacia mi habitación, por supuesto procurando no ser atrapadas por nadie.

—Todas soltamos suspiros de alivio cuando cerramos la puerta de mi cuarto. Pero recordando lo que vinimos hacer acá las empuje a toda prisa hacia la ventana. Les pedí que se arrodillaran en el piso y con sumo

cuidado se iban a asomar por la ventana.

—¡Disimula, Francesca! —la reprendo. Faltó poco para que sacar la mano por la ventana y saludara al chico misterioso.

La jalé otra vez al piso. Mi amiga no sabe lo que significa esa palabra.

— ¿Ven al chico de la moto? —pregunto cuándo nos asomamos por una rendija de la cortina.

—Sí, sí pero... ¡Es el mismo que nos salvó ayer! —susurra Francesca detrás de mí.

—¿Sabes que él no puede oírte, verdad? —se burla agustina y la rubia casi logra fulminarla con la mirada.

—Cálmense por favor, necesito contarles una cosa —digo cuando me siento sobre la cama doblando mis piernas simulando las alas de una mariposa. Ellas hacen lo mismo y me miran atentas y ansiosas de saber lo que tramo...

—Así que vas a enviarle un mensaje a Andrés y decirle que sí iremos a la fiesta el domingo —digo después de haberle contado mi plan para capturar al chico acosador.

— ¡Sí! —chilla Francesca rebotando sobre la cama pero cuando ve nuestros rostros impasibles se recompone.

—Ejem... lo siento.

—Te tiene atrapada hasta el cuello ¿verdad? —pregunto dándole un golpecito en el hombro.

—Es primera vez que siento esto dentro de mí —dice sonrojándose y mostrando esa sonrisa boba en sus labios.

—Es primera vez que conoces a un chico, Francesca —dice agustina poniendo sus ojos en blanco. Me tenso un poco pero al instante alivio me recorre el cuerpo cuando la aludida hace un puchero pero no se ofende. Eso es un gran paso, no queremos otra discusión entre nosotras.

Ellas se quedan por un rato más y luego se van. Me acuerdo tomar mi pastilla antes de dormir y cuando ya el cansancio más el efecto de la pastilla me noquea logro tumbarme sobre la cama matrimonial... a veces se siente un poco grande para mí, por eso trato de ocuparla completamente extendiendo mis brazos y piernas hasta que me rindo y termino acurrucándome para caer como una piedra en un sueño

profundo... y esta vez, no hay llamas consumiéndome.

Capítulo 7

El plan —estúpido plan— no funcionó, es decir mi intento de atrapar o descubrir o encarar o... —no tengo idea de lo que iba a hacer cuando le viera seguirme—, fracasó. Igual me da un poco de curiosidad saber quién era el "chico" de la moto —como verán, le he apodado así— y porqué siento que me persigue, especialmente eso.

—Lo siento, Isabella —me consuela Francesca cuando entramos en el internado de varones.

Esta vez no tuvimos que saltar la reja, los chicos nos esperaron fuera y nos guiaron por un agujero debajo de la cerca, ellos tuvieron la amabilidad — nótese el sarcasmo— de colocar bolsas de plástico para que no nos ensuciáramos con la tierra, la verdad no sé qué cosa fue peor. Lo único que sé es que me arrepiento —otra vez— de haber venido.

— Pero ve el lado bueno, podemos disfrutar un poco —continúa ella con su voz chillona y eufórica como siempre. Espero que no se haya olvidado de nuestra charla de abstinencia.

—Está bien —me rindo y dejo que me guíen a hurtadillas por el jardín, ellos tienen mayor vigilancia. No sé cómo le hacen para no ser atrapados.

Es más ¿Por qué no son ellos los que van a nuestro internado? —pienso un tanto irritada. Subimos por una escalerilla que se encuentra en el jardín trasero, nos conduce directamente a la azotea la cual tiene un lado techado y otro descubierto. No puedo negar que la vista de la ciudad es hermosa desde aquí, los pequeños punticos de luz que proceden de las casas de la urbe compiten con el cielo estrellado de la noche.

Las chicas se vuelven locas con la vista pero yo solo me abrazo a mi misma y dejo que la brisa acaricie mi rostro disfrutando de nuestra "fiesta". Sí, esta es la clase de celebración que unos alumnos — que se escapan a media noche— pueden tener.

—Es hermoso, ¿no? —me sobresalto cuando Zach ronronea en mi oído. Con disimulo me separo un poco de él.

—Sí, ustedes son suertudos, nosotras no tenemos la vista de este panorama en nuestro colegio.

—Somos suertudos con ustedes aquí, eso es suficiente —dice con voz pesadamente ronca y no sé por qué rayos no deja de mirarme así. Él trata de tomar la mano donde tengo puesta la pulsera de plata pero como acto reflejo la retiro violentamente, espero escuchar el tintineo de la prenda

pero no es así. Automáticamente veo mi mano y...

— ¡Mi pulsera! —chillo y como una demente comienzo a buscar mi preciada joya.

— ¿Qué sucede, Issa? —preguntan las chicas cuando me observan dando vuelta como una loca.

—Mi pulsera. ¡Se ha caído mi pulsera! —digo a punto de darme un infarto.

—Pero si es solo una pulsera... —Zach lo menciona como si no significara nada y eso me exacerba, quizá él tenga todo el dinero de este mundo pero yo no lo cambiaría por esa "insignificante" pulsera.

—No, no solo es una pulsera Zach —le fulmino con la mirada y me dirijo a la escalera con los ojos puestos en todos lados.

— ¿A dónde vas? —pregunta Agustina cuando me alcanza, las chicas detrás de ella.

—A buscarla, seguro se me cayó en el jardín.

—¿Es para tanto? —masculla Zach pero lo ignoro. Aunque quisiera gritarle que sí, estoy condenada al olvido pero esa mísera y banal pulsera es mi único recuerdo de lo que una vez fui, y aún no estoy lista para desprenderme de ello.

—¿Quieres que te acompañemos? —inquieta mi amiga y veo la preocupación en sus ojos mientras sacude fuera de su cara su cabello corto que bambolea con el fuerte viento que sopla en la azotea.

—No, sería más fácil que nos atrapen a todos si van conmigo. Si no la encuentro aquí... la daré por perdida. —Trago saliva e instintivamente siento unas ganas irremediables de llorar.

"No quiero perder esta pulsera, no quiero perderla". —Es mi súplica interna.

Ella me observa con sus profundos ojos marrones almendrados pero al darse cuenta que estoy decidida me dice:

—No te tardes, ¿sí?

Hago un asentamiento con mi cabeza y busco con afán que bordea lo obsesivo por todo el camino que recorrimos en el jardín.

¿Alguna vez tu corazón a lamentado la perdida de algo y sentiste ese vacío que consume esa parte tan íntima de tu alma? Pues así me siento ahora mismo.

Estoy a punto de rendirme cuando llego al final del camino, a esa valla que separa el internado de la calle... y veo el agujero debajo de la cerca.

Quiero aceptar mi derrota y devolverme pero indecisa muerdo mi labio.

¿Y si se desprendió mientras cruzábamos? ¿Y si está allí afuera esperando para que la tome y la cuelgue de mi delgada muñeca, del lugar de donde nunca debió haber caído? —Mis pensamientos viajando a la velocidad de la luz en mi cabeza—. ¡Bah! Si que soy tonta, es solo salir a la calle. ¿Qué podría irme mal? —reflexiono girando los ojos hacia mí misma.

De todas maneras echo un vistazo a la azotea y veo a mis amigas hablar con los chicos, están distraídos pero si me oyen gritar seguro sabrán que algo anda mal.

Me introduzco en el agujero en forma de túnel y mientras lo hago tanteo con mi mano por si doy con mi brazalete.

Nada.

Avanzo un poco más hasta que asomo mi cabeza al borde de la acera, me levanto y sacudo mis rodillas un poco magulladas por el hecho de arrastrarme en el suelo.

De pronto me doy cuenta de la soledad que abrumba la calle, no se ve nada salvo las luces de las farolas, al parecer hace más frio aquí afuera o soy yo quien está nerviosa, no lo sé. Siento las irrefutables ganas de volver junto a mis amigas pero el querer recuperar lo que he perdido de camino hacia acá es más fuerte que yo.

“No iré tan lejos” —me prometo mientras muevo mis pies y fijo la vista en el asfalto— “Debe estar por aquí, ¡Dios mío! si yo la tenía puesta cuando salí del internado”.

De vez en cuando vuelvo mi mirada vigilante pero estoy sola en la calle, me doy cuenta que esta avenida no es muy concurrida durante las noches, salvo algunos autos que pasan por mi lado —como alma que lleva el diablo— batiendo mi pelo y alzando un poco mi falda. Busco más de prisa y me doy cuenta que ya estoy llegando a mitad de camino. Me sobresalto cuando un auto toca el claxon y me detengo abruptamente.

“¿Qué estoy haciendo? ¿Qué rayos estoy haciendo a esta hora de la noche caminando sola por la calle” — me reprendo cuando soy consciente de mi momentánea demencia. Y para mas colmo y seguir revolcándome en el

charco del remordimiento, viene a mi memoria las palabras amenazantes del chico motorizado.

"No vuelvas a cometer una locura como esa ¿me oyes?". —Aun puedo sentir sus ojos grisáceos traspasándome y como respuesta mi piel se pone de gallina.

Suspiro vencida y me dispongo a dar la vuelta cuando mis auto reflejos captan algo a poca distancia, una cosa brillante titila en el suelo. Sonrió ilusionada y a la vez suspiro aliviada.

Mi pulsera desprende destellos cuando la miras desde el ángulo que le da la luz de la farola. Apresuro el paso y ansiosa la recojo del piso. Sé que parece tonto pero cuando no tienes nada más, cuando solo es una pulsera lo que te ata al único recuerdo de tu pasado no importa si arriesgas tu vida con tal de recuperarla, pero eso solo lo haces cuando ya no tienes nada que perder.

Temblorosa trato de ajustar una y mil veces la pulsera de plata a mi muñeca pero es imposible, soy vagamente consciente del auto que se estaciona cerca de mí y oigo sus puertas abrir y cerrarse. Me sobresalto cuando reconozco una voz tras mis espaldas que me hace temblar pero de miedo.

—Mira que tenemos aquí —giro lentamente y veo al duende de mis pesadillas hecho realidad, pero esta vez va convertido en un hombre joven de insipiente barba, me estremezco con su mirada desbordante de asqueroso deseo.

Marcus.

Esta vez no va acompañado por cinco hombres, solo están él y otro chico corpulento e igual de letal.

— ¿No es esta la chica que nos mandó a joder con los Garibaldi? Deberíamos devolverle el favor, ¿no crees, hermano? —continúa y su sonrisa burlona mientras se lame los labios con lascivia cala hasta mis huesos, haciendo que el brazalete resbale de mis manos y caiga al piso. Con dedos temblorosos lo vuelvo a tomar y lo deposito en el bolsillo de mi falda sin apartar mi mirada de sus movimientos.

Todo parece un deja vu, solo que esta vez no están mis amigas conmigo. Mi subconsciente me grita que debo salir de aquí a como dé lugar pero sé que correr sería inútil.

"No me importa, tengo que hacer el intento" —pienso con el corazón latiendo a mil por hora. Cuando veo que se disponen a acercarse salgo corriendo pero no voy muy lejos cuando siento que el cuero cabelludo casi

se desprende de mi cabeza y yo aúllo de dolor cayendo sobre mi trasero ,
aporreando nuevamente el moretón que me hice hace unos días.

—¡Suéltame! —pataleo con furia mientras trato de quitar las asquerosas
manos que jalan mi cabello.

—Vamos a dar un paseo, nena. Te aseguro que no vas arrepentirte
—gruñe y me arrastra hacia el auto mientras me revuelvo furiosa. La vista
se me nubla con las lágrimas tanto de dolor como de rabia cuando soy
metida a empujones dentro del auto, sus manos gruesas y peludas me
sostienen con fuerza al punto de lastimarme y yo intento alejarme con un
codazo pero fracaso en mi intento porque su estómago es como una
piedra.

Mientras forcejeo, lloro y gimo, su acompañante toma el lugar del
conductor y con un chirrido de los neumáticos salimos disparados por la
calle.

Soy presa del miedo y la incertidumbre me carcome por dentro al no
saber hacia dónde me llevan y qué harán conmigo.

Capítulo 8

Alessandro

"¡Maldición! ¿Es que esa mocosa no aprende?" —aferro el volante con fuerza mientras manejo a máxima velocidad por la avenida desierta, es una buena cosa que no haya tráfico a altas horas de la noche porque de ser así hubiese muerto de desesperación... o en un accidente de tránsito—. Esa niña va a matarme un día de estos —gruño al recordar aquellas palabras que Aldo me dijo por teléfono, supe que algo andaba mal cuando empezó a balbucear frases inconexas.

"Ellos la tienen"—finalmente había dicho mi hermano.

Suficiente como para que el miedo rasgara la boca de mi estómago.

Suficiente para perder la cordura y querer hacer mi propio internado de hierro forjado para encerrarla e impedir que vuelva a escaparse.

Sé que ella no me conoce, apenas y me ha visto hace dos noches atrás y solo porque sus hormonas juveniles no le permitieron quedarse resguardada en el internado. Pero yo si la conozco como a la palma de mi mano; siendo un adolescente empecé a verla crecer, vigilar sus pasos, cuidar que ni siquiera una mosca tocara su piel de porcelana, todo por una promesa que me volvió un maniático por su protección pero nunca me había dado tantos problemas... hasta ahora.

Sin el mínimo cuidado aparco frente a la mansión de la familia Mazzini y de un salto bajo del auto. Me apresuro a saltar la verja que se interpone en mi camino, cuando caigo en el césped me aseguro que mi revolver se encuentre dentro de mi pantalón.

Oigo música en la parte trasera de la enorme casa y sé que es allí a donde debo dirigirme.

Con cada paso que doy el corazón me bombea con más ímpetu, no tengo miedo de un enfrentamiento, ellos no son tan tontos como para echarse a mi familia encima pero no sé cuanto están dispuesta a devolverme lo que ellos consideran "mercancía".

Saco mi arma de la cinturilla del pantalón y hago mi entrada triunfal con un disparo al aire.

Sonrió de placer al oír los gritos de sorpresa de la multitud reunida, las mujeres corren a refugiarse dentro de la casa mientras que los hombres buscan el origen del ruido que ellos conocen muy bien. En cuestión de

segundos ya tengo más de diez armas apuntando mi pecho.

—¡Hey!, lamento interrumpir la fiesta pero creo que ustedes tienen algo que es mío —pronuncio muy despacio la última palabra. Ahora que ya tengo su atención devuelvo el revólver a mi bolsillo trasero y alzo las manos para que vean que vengo en son de paz.

—¿Se puede saber que hace un Garibaldi en mi propiedad?! —grita Don Carlo Mazzini, el que ahora es jefe de la familia después de la muerte de su hermano Tony, mientras se acercaba a mí con largas zancadas.

—No vengo a pelear, Don Carlo. Pero creo que tus hombres se equivocaron de mercancía —digo de forma despreocupada, sin embargo no dejo de tener mis ojos en todos lados. En este negocio no puedes confiar ni en tu propia sombra.

—¿De qué hablas? —pregunta claramente confundido, sus ojos esmeraldas penetrándome con desconfianza me hacen recordar al hombre que nos dejó a Aldo y a mí con vida a cambio de una promesa que aun guardo como un secreto y ni siquiera sé porqué lo estoy haciendo si aquel hombre ya está a tres metros bajo tierra—. Sabes que respetamos el pacto entre familias —añade.

—Pues, al parecer tu gente no está bien informada. La chica que ellos trajeron esta noche... me pertenece —señalo a los imbéciles que asaltaron a Isabella hace un par de noches—. Creo que necesitan un poco más de hielo para la hinchazón, compañeros —me burlo esta vez dirigiendo mi atención a ellos y me alegra ver que sus moretones siguen intactos.

Marcus, al que reconozco como el hijo mayor de Carlo, el mismo que se había encargado de manosear a Isabella, libera el gatillo de su pistola mientras me fulmina con su mirada.

Desea matarme y juro que yo también deseo colocar una bala en medio de sus cejas.

—¡Basta! —Grita Carlo interponiéndose en medio de su hijo y yo al ver que del mismo modo me preparo para sacar mi arma, pero la devuelvo tras mi espalda cuando Marcus baja la suya—. La chica... ¿es importante? —pregunta mirándome directamente a los ojos y ruego para que no haya llegado demasiado tarde.

—¿Es suficiente decir que la necesito con vida o quieres que sea más específico?

—Lo lamento Alex, pero ella no tiene el tatuaje. ¿Sabes cuantos millones de dólares estaré perdiendo? Ya había sido elegida por uno de mis más

fieles clientes.

—Carlo, Carlo —chasqueo la lengua con falso desinterés mientras cruzo los brazos sobre mi pecho—. Eres bastante inteligente como para no querer que mi padre interfiera en tus negocios y sabes que con una sola palabra de su primogénito estarás hundido. Ahora devuélveme a la chica sana y salva, sin un jodido rasguño y prometo dejarte continuar la fiesta sin que mañana tengas que ir a un funeral.

Él sopesa la situación pero ve algo en mi rostro que lo hace decidirse. Internamente libero un suspiro de alivio cuando le ordena a uno de los que supongo eran sus Soldatos:

—Traigan a la chica de la celda número uno.

—Padre, pero si esa es la que elegimos para...

—¿No me escuchaste? —interrumpe a Marcus y este aprieta la mandíbula en sumisión. Por poco suelto una carcajada en su cara pero ahora no estoy para chistes—. ¡Traigan de una vez a la maldita puta! o ¿quieren un tiro justo en sus frentes?

—No, señor —murmuran nerviosos y salen como haces de luz al interior de la mansión.

—Tienes suerte de que aun esté aquí. Sabes que no es en mi casa donde manejo estos asuntos —Noto que no está muy contento con su decisión pero realmente eso no me importa, solo quiero a la mocosa fuera de peligro—. Ahora te voy a pedir que esperes fuera de mi casa... ¡Ah! y por favor, marca a tus mujeres porque la próxima vez no seré responsable de lo que suceda.

—No habrá próxima vez, eso te lo aseguro.

—Eso espero. No quiero utilizar mi arma contra uno de ustedes. Aunque esté tentado, reconozco que hay un pacto que debemos cuidar pero si tengo que volver a perder tanto dinero por un par de piernas bonitas me veré obligado a convertirme en un traidor —dice mientras saca un cigarrillo del interior de su chaqueta y lo enciende.

—¿Eso es una amenaza? —sonrió sin una pizca de humor y me acerco un paso más para mirarle desde arriba, por mi estatura donada por los dioses puedo amedrentar fácilmente sin hacer mucho esfuerzo.

—Yo no amenazo a nadie, Garibaldi. Yo solo preparo el gatillo y ¡Bum! Resuelvo el problema —se encoge los hombros y libera una calada de

humo.

—¡Qué coincidencia, Don Carlo! Yo haría lo mismo... pero por un par de piernas bonitas. Ahora sí, me voy. Le daré saludos a mi padre de tu parte —le guiño el ojo y giro sobre mis talones para correr a la entrada de la mansión, esta vez si salgo por el portón principal y siento que por poco abro una zanja en la calle de tanto caminar de un lado a otro, consumido por los nervios.

Esta vez soy yo quien enciende un cigarrillo y decido recostarme de mi auto, sin embargo es mi pierna derecha quien no deja de moverse.

"¿Por qué diablos tardan tanto?!"

Después de unos eternos segundos veo venir a Marcus, detrás de él a un par de hombres arrastrando a una chica con el rostro cubierto por una funda negra.

El efecto es inmediato, mi corazón se acelera y siento que Hulk quiere salir por mi pecho.

—¡Quita tus sucias manos de ella! —gruño al tiempo que tiro el cigarrillo y corro para arrebatar a Isabella del agarre de estas bestias.

Ella se estremece cuando escucha mi voz y no sé si pensar que está asustada de saber que vine por ella o simplemente está aliviada. Le quito la funda negra que envuelve su cabeza y ella gime y se abraza a sí misma, su rostro está empapado de lágrimas, enrojecido hasta más no poder pero gracias a los santos mafiosos ella se ve bien, bueno, al menos físicamente.

Paso mi mano por su cabellera castaña pero se aleja de mi caricia; su reacción me duele aunque me obligo a ignorar el sentimiento que golpea mi pecho.

"Es lo normal, ella no sabe quién soy"

—Ándate con cuidado, todavía me debes esto —Marcus me advierte señalando el bonito moretón que dejó mi zapato en su rostro—. Pero tranquilo, pude desquitarme muy bien con tu mujer —añade guasón.

—¡Eres carne muerta, hijo de...!

—¡Eh, basta! —la voz de Don Carlo me detuvo de estampar mi puño en el rostro de su hijo—. Sin peleas, Garibaldi. Ya tienes lo que quieres ahora lárgate y no regreses más por aquí —ordena con voz dura el jefe de los

Mazzini.

Con una última mirada cargada de odio asesino dirigida especialmente a Marcus, quien no borraba esa maldita sonrisita de su boca, cargo a Isabella en mis brazos y la llevo a mi auto deseando salir volando de este barrio y llevarla a la seguridad de mi piso.

Dejando su cuerpo tembloroso en el asiento trasero, rodeo el vehículo y sin esperar perder el tiempo enciendo el motor y me alejo lo más rápido que puedo mientras escucho los hipidos ahogados de la chiquilla que está acurrucada como un animalillo herido detrás de mí.

"Estuvo tan cerca de ser descubierta, ese hubiese sido su fin. ¡Se lo advertí! ¡Infiernos que lo hice! Pero ni modo, ya no tengo más opción, no puedo seguir viviendo entre las sombras. Ella necesita conocerme si quiero que siga con vida".

Capítulo 9

Alessandro

Aparco el Maserati frente al edificio de ladrillo de mi apartamento, ya Isabella ha dejado de llorar, probablemente se quedó dormida. Suspiro aliviado, cansado, agotado...

—Isabella ¿estás...? —intento llamar su atención pero para mi sorpresa la chica abre la puerta y sale huyendo fuera del vehículo—. ¡¿Pero qué coño...?! —rápidamente me libero del cinturón de seguridad y salgo tras ella.

Veo que atraviesa la calle y corre torpemente sin mirar a los lados, como si alguien estuviera persiguiéndola y efectivamente eso es lo que hago.

Algo cae de su bolsillo sin que ella se dé cuenta y antes de seguir correteando a la chica que me está haciendo sacar canas verdes, me detengo a recoger la pulsera de plata que ha dejado en el suelo. La guardo dentro de mi chaqueta de cuero y continúo con la persecución.

—¡Mierda! ¡Detente Isabella! ¡Más vale que lo hagas! —grito a sus espaldas.

Debo decir que la chica es rápida pero descubro que ser alto tiene otra ventaja: seis pasos de ellas son dos míos y para mi suerte ya estoy pisando sus talones. Ella toma velocidad pero es en vano, ya he enrollado mis brazos en su cintura y la elevo por los aires mientras se remueve como una fierecilla.

—Suéltame, por favor —suplica y su voz se rompe.

Mi corazón se aprieta en mi pecho por su reacción, es primera vez en la noche que comprendo lo mucho que ha sufrido esta chica en un solo día.

—Lo haré pero debes calmarte, Isabella. No te lastimaré.

Ella mueve su cabeza frenéticamente y decido creerle. Deposito sus pies sobre el asfalto pero la muy traidora clava un golpe en mi estómago e intenta salir corriendo, me obligo a ignorar que me ha sacado el aire y la persigo; no quiero que vaya muy lejos. Esta vez la sujeto con fuerza y estampo su cuerpo contra la pared de uno de los edificios que nos rodean, aprieto sus hombros y ella se queja del dolor. No quiero ser rudo pero ¡Maldita mocosa, no me deja otra opción! Encorvo mi cuerpo para poder fijar mis ojos en los suyos, ella se estremece ante mi mirada llena de

enojo y sé que ya está empezando a acobardarse.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Volver a ese lugar de donde acabo de sacarte?
¿Tienes alguna idea de lo que esos hombres querían hacer contigo?

—gruño con severidad. Ella menea la cabeza, la noto asustada y confundida.

Sus ojos húmedos me avisan que está a punto de echarse a llorar otra vez, su pequeño rostro se encuentra pálido como un papel y temo que colapse en algún momento. De pronto se me ocurre que verdaderamente pudieron haberla lastimado más allá de lo que mostraba.

—Isabella, mírame —ordeno tratando de disimular la angustia que estrangula mi pecho cuando su mirada se desenfoca—. Ellos... no te hicieron nada ¿verdad?

Pánico recorre mi espina dorsal ante la espera de su respuesta pero libero un suspiro cuando vuelve a negar con su cabeza.

—Solo quiero ir a casa —musita bajito desviando su mirada esmeralda de la mía. Suavizo mi agarre de sus hombros y retengo las inmensas ganas que me invaden de protegerla bajo mis brazos.

—Lo sé, y prometo devolverte sana y salva al internado pero... no así. Debo decirte lo que vas a decirle a la policía.

—¿La policía? —la confusión invaden su mirada.

—¿Crees que ya no se habrán enterado que estas desaparecida? Lo más probable es que tus amigas ya hayan notificado de la travesura que hicieron —aprieto mi mandíbula y respiro hondamente para no decirle la sarta de cosas que tengo en la punta de la lengua.

—¿Y qué te hace creer que no le contaré todo a la policía? —Está temblando de pies a cabeza, sin embargo me desafía con su fina ceja alzada. Entrecierro mis ojos y doy un paso atrás, pero no salgo de su espacio personal, tomo su barbilla entre mis manos y alzo su rostro hacia mí.

—Porque estoy seguro que quieres seguir con vida —susurro muy cerca de su boca, su respiración se agita y yo me sorprendo de que, por unos segundos, esté interesado en la forma de sus carnosos labios sonrosados. Impresionado por mi arrebató, doy un paso atrás y ella me mira con profundo interés. Abre su boca para decir algo pero en último instante la cierra de golpe.

—Si quieres irte puedes hacerlo pero bajo tu propio riesgo —me apresuro a decir, luego giro sobre mis talones y hago mi camino hacia el cálido

ambiente que me espera en mi apartamento.

La calle está vacía, falta poco para que el sol ilumine la ciudad y no he podido pegar el ojo en toda la noche intentando rescatar el trasero de esta niña mal agradecida. En conclusión: necesito una enorme taza cargado de café sin azúcar.

—¡Hey, espera! —Oigo sus pasos detrás de mí pero no me detengo —¿A dónde vamos?

—No sé tú pero yo iré a mi departamento.

—Bien, entonces iremos, no tengo nada que perder.

—No era eso lo que creías hace unos minutos —la miro de reojo mientras camino con mis manos metidas en los bolsillos de mis pantalones.

—Es que... recordé el porqué fui secuestrada por... ya sabes... ellos.

—¿Y eso que tiene que ver con que ahora hayas decidido seguirme?

Está vez miro su perfil y mis ojos se desvían directamente a su boca, específicamente a la manera en que muerde su labio inferior. Ella hace silencio, aun no ha respondido a mi pregunta, es más, parece nerviosa y algo cohibido mientras se pierde en sus pensamientos.

—Te he visto fuera del internado... —suelta de golpe, lo cual me toma de sorpresa, aunque la verdad no debería porque últimamente no he sido muy cuidadoso al vigilarla. Trato de parecer estoico y alzo mis hombros con falsa indiferencia.

—Queda de camino a mi piso, es normal que me hayas visto una que otra vez.

—¡Para! ¿okay? No soy tonta —espeta enojada—. Sé que has estado vigilándome. Te he visto y no solo aquella noche en la que me serviste de súper héroe... —De repente silencia su voz y libera una sonrisilla que me descoloca un poco.

Las mujeres y su bipolaridad —bufo en mi interior.

—¿De qué te ríes?

—Lo siento, es que recordé a Marcela —responde meneando su cabeza ligeramente para aclarar sus ideas. Imagino que habla de una de sus compañeras, a las que deseaba estrangular, si no fueran mujeres, por ser una mala influencia para ella—. Lo cierto es que me tomó tiempo

reconocerte pero lo he hecho y... fue por ello que me secuestraron.

—¿Qué? —me detengo en seco— ¡Joder! Y encima soy el culpable, gracias por la información —bufo y acelero mi paso.

¿En qué me he metido cuando decidí cuidar a esta chiquilla?

—Era la única manera de saber... —siento sus paso acelerarse, jadea un poco cuando llega a mi lado, reformula sus ideas y pregunta a continuación— ¿Por qué me persigues? ¿Me has dicho tu nombre?

—No tengo uno.

—Eres un mentiroso —tuerce graciosamente sus labios y por poco sonrío pero trato de mantenerme serio delante ella—. Todo el mundo lo tiene.

—Pero yo no —respondo encogiéndome los hombros.

Apenas pongo mi pie en la entrada del edificio las puertas automáticas de cristal se abren, dejándonos pasar al interior de la residencia. A la primera persona que veo en el vestíbulo es al vigilante de turno, encorvado y jugueteando con su celular, justo en la puerta del ascensor, donde supuestamente debe estar trabajando. Por lo que sé es un poco más joven que yo pero no es excusa para ser tan despistado. Realmente quisiera verle utilizando el arma que lleva guindada en la cinturilla del pantalón.

El chico yergue su espalda tan pronto nota mi presencia y con rapidez esconde el aparato móvil que lleva en su mano. Él sabía quién era y también de lo que soy capaz de hacer cuando se me cruzan los apellidos.

—Buenos días, señor Garibaldi —murmura hecho un manojos de nervios. Luego se dirigió a la chica que venía detrás de mí—. Señorita...

¡Dios! ¿Y este es el vigilante que se supone debe cuidar nuestras pertenencias?

Por el rabillo del ojo miro sobre mi hombro como Isabella me fulmina con su expresión llena de reproche ante mi descortesía de no responder el saludo.

—Buenos días —le sonrío amablemente y al vigilante se le ilumina el rostro.

Ruedo los ojos al cielo y con prisa subo al ascensor pero Isabella se detiene antes de entrar conmigo, sus ojos se mueven de un lado a otro repetidamente, absorbiendo todo lo que le rodea. Parece impresionada y

asustada al mismo tiempo.

—¿Qué sucede? —pregunto ante sus facciones consumidas por la duda.

—Yo... nunca me he subido en una de esas cosas —su mirada avergonzada baja al suelo, ocultando sus mejillas sonrosadas.

Respiro hondo y pienso por un instante en lo alejada del mundo que ha estado esta chica, no es para menos que hayan hecho aquellas travesuras como cualquier adolescente de su edad... pero precisamente ella no era como las demás. Mira con desconfianza la mano que le extiende desde mi posición dentro del ascensor.

—No tenemos todo el tiempo del mundo, Isabella. Te aseguro que no pasará nada si vienes —apremio cuando la veo dudar demasiado.

Finalmente, y después de un trémulo suspiro, decide subir ignorando mi mano extendida. Una vez que ella está dentro sus ojos de corderillo asustado recorren el pequeño cubículo, introduzco la llave de seguridad y marco la clave que nos llevará rumbo a la sala de mi apartamento, en el último piso.

Con el ligero estremecimiento de arranque del ascensor Isabella se aferra a mi brazo, hasta el punto de llegar a fracturarlo si sigue apretando tan fuerte, pero no digo nada, y no es como si ella fuera a hacerme caso si pido que afloje su agarre.

Un murmullo sale de sus labios pero no entiendo lo que dice, ya estaba empezando a ponerme nervioso con su actitud. Para nuestro alivio el aparato avisa que hemos llegado y las puertas se abren dejando a la vista el pequeño recibidor de mi sala.

Oigo el ruido del plasma encendido a todo volumen y sé que Aldo está ocupando mi sofá y mi Xbox, siempre lo hace cuando no estoy en casa. Miro a Isabella, verdaderamente no creo que la chica salga de su ensimismamiento, al menos no ahora, así que la tomo de la mano y le indico el camino.

Ya estando en la sala suelto su mano y me acerco al lugar donde duerme mi hermano.

—Aldo, despierta —zarandeo su hombro. Él está boca arriba, roncando y babeando sobre mis cojines. Intento una vez más pero no funciona. No quiero recurrir a la manera en la que siempre logro despertarlo porque no quiero asustar a Isabella pero mi hermano no me deja más opción.

Tomo mi revolver de la parte trasera de mi pantalón y la coloco en la frente de Aldo, haciendo el típico "clic" del gatillo cuando es activado. En

cuestión de segundos el frío metal de otra arma presiona en mi cabeza. Oigo un grito ahogado provenir de la chica que he dejado en la entrada de la sala, sin embargo no le prestó atención.

—Sabía que así te despertarías.

—Mierda, Alex... un día de estos no sé quién va a matar a quien si sigues haciendo eso —gruñe cuando alejamos nuestras armas el uno del otro.

Siempre debemos tener una cerca, esa es la orden, en su caso sabía que la tenía escondida bajo el cojín de donde reposaba su cabeza. Guarda su arma en su pantalón, frota sus ojos cargados de sueño y se pone de pie cuando se da cuenta que tenemos visita.

—Traes contigo a la mocosa —le fulmino con la mirada y él abre sus ojos al darse cuenta de su error. Llamarle con ese apelativo era un asunto entre nosotros, ella no tenía porqué saberlo—. Perdón quise decir... Hola Isabella —avergonzado frota su nuca.

—Hola... —ella tartamudea mirando del uno al otro, imagino que ya se habrá dado cuenta de nuestro parentesco.

—Ahora, fuera de mi vista y cómprate tu propio Xbox —digo devolviendo el arma a su lugar detrás de mí y apagando el aparato que no dejaba de hacer ruido.

—¡Perdón por cubrirte la espalda, hermano! —se queja mientras calza sus botas negras—. Porque estoy seguro que nuestro padre te desheredaría si se entera en lo que andas metido.

—Estas a punto de hacerme llorar —ruedo los ojos y me dirijo a la cocina separada de la sala por un largo mesón de granito y enciendo la cafetera.

—Eres un insensible, pero no le prestes atención, moc... Isabella —redime rápidamente sus palabras ante mi mirada de hermano mayor—. En el fondo, muy pero muy en el fondo tiene un tierno corazón.

La chica le sonríe con timidez desde su posición, parece que alguien colocó cemento en sus pies.

—Ya verás lo tierno que me verá cuando ponga un agujero en tu pecho —lo llevo a rastras hasta la puerta de salida y lo empujo fuera.

—Mira como tiem... —pero no termina la frase cuando ya he cerrado la puerta en su cara. Instantes después escucho a la puerta de su apartamento, justo frente al mío, cerrarse con un fuerte golpe.

Mi hermano no sabe ser silencioso.

Cuando giro sobre mis talones para volver a la cocina miro que Isabella tiene sus ojos esmeraldas fijos en mi rostro. No entiendo porqué está viéndome de esa forma que logra ponerme incómodo pero luego recuerdo que aun no he respondido a sus preguntas.

—Alex... —parecía que saboreaba mi sobrenombre en sus labios—. Te llamas Alex.

—Me llaman así pero no es mi nombre.

—Entonces, si tienes uno. —Toma asiento en uno de los banquillos frente al mesón de la cocina y siento su mirada seguir cada uno de mis movimientos mientras abro y cierro estantes para preparar el café.

—Eso no tiene importancia, no tienes porqué saberlo.

—Bien, también te diré Alex. —Volteo justo a tiempo para verla elevar las comisura de sus labios y no puedo evitar embozar una sonrisa que reconozco se ve más como una mueca.

—Como quieras —murmuro y sigo en lo que estoy haciendo. Gimo ante aquel olor que despierta mis neuronas dormidas.

—No me has respondido —su voz sale como un susurro pero lo bastante alto para llegar a escucharla. Trato de hacer memoria a qué debo responder e inmediatamente recuerdo su pregunta: ¿Por qué la estoy persiguiendo?

Joder, ¿cómo salgo de esto?

—No dije que fuera a hacerlo.

—Solo quiero saber porqué me persigues, Alex, es todo. Y también porqué no me siento acosada por un tipo que realmente está acosándome.

—¿Crees que te estoy acosando? —la miro fijamente antes de verter en dos tazas el líquido marrón que llevo en la jarra de vidrio.

—Dime cómo se le dice a las personas que se estacionan frente a tu ventana, la mayoría de las noches —reprocha sosteniendo la mirada que aun no aparto de ella.

—No sabes lo que dices, niña.

—Te crees muy viejo ¿no es así?

—Soy un par de años mayor que tú, niña —digo burlescamente y me dispongo a seguir sirviendo el café.

—Deja de decirme así... por favor —su mirada se nubla un poco y descubro el porqué cuando continúa hablando—. No soy una niña, hace tiempo que dejé de serlo. Los niños tienen a sus padres para que los cuiden, yo no.

—Isabella... —me detengo ante sus ojos acusadores.

—Sin lástima... ya he tenido mucho de ello.

—Eres valiente... —intento decir cuando vuelve a interrumpirme.

—He dicho que sin lástima.

—Pensé que era un cumplido.

—Tampoco me gustan.

Meneo la cabeza con desaprobación y coloco una de las tazas llenas con café frente a ella.

—Bebe —ordeno. Sé que lo necesita tanto como yo, no pegar el ojo por más de 24 horas no es nada fácil.

—No quiero...

—¡Por el amor de Dios! ¿Puedes hacerme caso al menos una vez en tu vida? —no puedo evitar enojarme. Ella parece un lindo cachorrito domable con esa sonrisa angelical pero cuando te das cuenta lleva la vena rebelde en su sangre.

—Lo siento pero no tomo cafeína, después de un tiempo me haré dependiente de ella y ya tengo suficiente con mis medicamentos.

—¿Medicamentos? —frunzo el ceño ante esa nueva información. No lo sabía.

—Pesadillas —observo como ajusta los guantes que cubren sus manos mientras sus ojos se mueven nerviosamente—. ¿Vas a responderme? —cambia el tema drásticamente pero aun no dejo de asimilar lo que me ha dicho.

¿Quién no tiene pesadillas? ¿Pero ella está medicada porque las tiene? Si

es así debe ser algo grave.

Tomo un sorbo de café y casi gimo ante el sabor de aquel líquido que ansiaba desesperadamente. Disfruto como quema en mi boca y se desplaza por mi garganta. Es como sentir el cielo en el estómago. Luego, dejo la taza a un lado y responsando los brazos sobre la mesa, los cruzo y me inclino hacia delante. Mis ojos puestos en los suyos, ella pasa saliva, endereza la espalda y baja las manos a su regazo.

— ¿Tienes miedo de mí?

— ¿Debería?

No.

—Sí.

Parece nerviosa pero con valentía, no aparta sus ojos de los míos. Mi vista se fija en la forma en la que muerde su labio inferior y tengo que parpadear varias veces para concentrarme en ella y no en las ganas que acaban de poseerme por llevar mi mano a su boca y liberar ese labio presionado entre sus dientes.

—Entonces lamento decepcionarte pero no lo hago... siento que puedo confiar en ti —me tensó ante aquellas palabras ¡Maldición, no! No era eso lo que pretendía. Ella debía temerme, alejarse de mí y dejarme hacer mi trabajo... desde lejos.

Sin embargo, una parte retorcida dentro de mi pecho se alegra de escuchar aquellas palabras de su boca. Y muy en el fondo sé que no es correcto, no para ella... ni para mí. No si quiero mantenerla a salvo pero la estoy haciendo jugar con fuego y reconozco que aquello es peligroso para una pequeña y delicada criatura que justo ahora tengo al frente y me contempla con aquellos ojos cargados de preguntas que no voy a responder... no debo responder, pero si me sigue mirando de esa forma no voy a tener mucho que hacer para quedarme callado.

—No, Isabella. Regla número uno: No puedes confiar ni en tu propia sombra.

Ella fija su mirada en algún punto detrás de mí, la noto perdida en sus pensamientos al decir: —Cuando no tienes nada que perder no le temes a los riesgos, nadie tiene con qué traicionarte... no hay nada, simplemente eso.

—Pero tú... tienes mucho que perder. Créeme —gruño pero luego me arrepiento de haber dicho aquello al ver sus ojos abiertos como plato, lleno de algo que puede ser mortal para ella: la esperanza que brilla en

sus pupilas.

—Te creeré si me dices lo que sabes de mí.

—Estás mejor así.

Cierra con fuerza los parpados y libera un suspiro cansino. Pero cuando vuelve a abrirlo veo algo que me estremece y hace que mis muros quieran venirse abajo. No puedo permitirlo.

—Estoy... estoy realmente cansada ¿sabes? —tartamudea enojada—. No recuerdo nada de mi pasado antes del internado y quienes tienen las respuestas a mis preguntas deciden callar como si yo fuera una niña tonta, imprudente... —frunce el ceño, concentrada en sus palabras—. Bueno, últimamente lo he sido pero ¡Ustedes me han obligado a buscar la verdad de mi propia mano! ¿Es eso lo que quieren? Pues bien, lo haré —me sorprenden los dos tonos que ha subido su voz.

Pero inmediatamente rodeo el mesón y corro tras ella cuando la veo dirigirse a la puerta de salida.

—¡Eh!, ¡eh! ¿A dónde crees que vas? —tomo su muñeca y la hago virar hacia mí. Sus facciones llenas de rabia se alzan para mirarme a la cara.

—Yo... ¿sabes qué? No iré a ningún lado. —Se libera de mi agarre y regresa a la sala para, esta vez, sentarse en el sofá de cuero, ladea sus piernas y acomoda la falda que se ha subido un poco debido al movimiento brusco con el que se sentó—. Me quedaré aquí hasta que me lo cuentes todo.

—¿O si no? ¿Qué sucederá? —la reto cruzando mis brazos sobre el pecho y recargando mi cuerpo del marco arqueado que separa la sala del pasillo central.

—Sabes que no sucederá nada. Pero te agradecería eternamente si fueras sincero conmigo. —Su voz suplicante tiembla y las manos se retuercen encima de su regazo. Con un suspiro de resignación, froto mis ojos y me dirijo hacia ella.

¡Allí vamos!

—Está bien —digo despojándome de la chaqueta que llevo encima, seguido de mi camiseta negra y mi arma. Deposito las prendas sobre uno de los dos sofás individuales, el arma se queda a la vista, encima de la mesita auxiliar junto al mueble.

—¿Q-que haces? —jadea nerviosa y me doy cuenta que su rostro está tan

rojo como un tomate mientras desvía su mirada de mi pecho desnudo.

—Poniéndome cómodo, no es fácil confesar un secreto que llevo guardado por años. Uno por el que podríamos ir a la tumba si mi padre se enterara y si... —me callo de golpe. ¡Rayos! Debía pensar mejor las palabras exactas de lo que estaba a punto de decir.

—Sí que...

—Puedes mirar, Isabella. —No pude evitar sonreír ante esta chica pudorosa. Siempre he estado acostumbrado a mujeres más experimentadas, que no se avergüenzan de nada, pero esto... esto es nuevo para mí y no dejo de sentirme atraído por la inocencia grabada en su rostro sonrojado.

—Gracias pero preferiría no hacerlo.

—¿Vives en un internado o en una escuela para monjas? Te comportas como una.

—Respeto la privacidad de las personas, no como ciertos acosadores que... —de golpe sus ojos me miran con asombro. Pasa saliva y chilla— ¡Dime que no me has visto sin... !

—No soy de esa clase de hombres —la interrumpo tomando mi lugar en el sofá individual que está frente a ella—. No me hace falta ser un perverso. Hay ciento de chicas detrás de mí y no te preocupes, de todas maneras las niñas pudorosas como tú no son mi tipo.

—Sí, te ves como el tipo que solo obtienen mujeres fáciles —me escanea de arriba abajo, deteniéndose en los músculos definidos de mi abdomen, inconscientemente traga saliva y creo que yo también lo hago. Cuando sus ojos regresan a mi rostro me siento confundido al ver su mirada llena de decepción.

—Putas querrás decir...

—Como prefieras llamarlo. Ahora no te hagas el interesante con tu vida personal y vamos a lo que realmente sí lo hace... ¿Conoces a mi familia? Claro, si es que tengo una. —Una sonrisa triste aparece en sus labios y yo trago fuerte ante su expresión.

—Sí, tuviste una pero lo más importante que necesitas saber es que tu padre me pidió que cuidara de ti.

—¿Mi padre? ¿Quién... cómo se llamaba? ¿Y porque te pidió eso? ¿De quién tienes que protegerme? —las preguntas salen a borbotones de su

boca y tengo que hacer nota mental de cada una de ellas.

—Miguel Britto, —Aquel nombre quema cuando sale de mi garganta. ¿Por qué no me siento bien diciendo esto? —. Era un buen hombre pero tenía algunos problemas con personas que... eran muy vengativas. Al principio solo te vigilaba de camino a la escuela y cuando estabas fuera de casa pero después de que ocurriera el accidente lo empecé a hacer todos los días...

—Eras muy joven para eso, un adolescente de cuantos años... ¿14? ¿15?

—15 —corregí.

—Entonces ¿por qué a ti?

—La formación que he recibido en mi familia comenzó desde que era un niño. Ya a esa edad sabía defenderme muy bien, utilizar el arma y apuntar al blanco sin fallar en el primer tiro. Sin embargo, nadie iba a sospechar de un chico de 15 años. Tu padre quería prudencia.

Su ceño se frunce con concentración, también puedo notar como su respiración se va alterando poco a poco.

—¿Y mi madre? Ellos... están muertos ¿verdad? —Sus facciones se contraen ante aquella pregunta. Como si le doliera pronunciar cada palabra.

—Sí, Isabella, tus padres murieron en un incendio.

Y aun recuerdo ese día como si fuera ayer, por primera vez en nueve años un sentimiento de remordimiento araña mi pecho como si fueran garras afiladas. Rápidamente me espabilo y recuerdo que todo debe ser así, no hay lugar para la duda justo ahora.

—En un incendio... ¿y yo? —Sus ojos pestañean rápidamente y casi puedo notar a los engranajes dar vuelta en su mente—. Yo estaba allí. ¿Por qué no lo recuerdo?

—Tampoco lo entiendo. Tenías 9 años cuando todo ocurrió.

—¿Tienes alguna foto de ellos? —pregunta con su mirada perdida mientras sus manos ocultas en unos finos guantes de telas se convierten en un manojo de nervios sobre su regazo.

—No —respondo apresuradamente.

—¿Podrías...? Esto es importante para mí y yo necesito. —Parece

desesperada y yo flaqueo un poco.

Frustrado, paso las manos por mi cabello e inspiro profundo. ¿Qué mal le podría hacer ver una foto?

—Lo intentaré pero debes prometerme que harás caso a todo lo que te diga. Esos hombres que te llevaron anoche conocen a tu padre y si llegan a enterarse de que estás viva...

—Me querrán asesinar —concluye por mí.

—Exacto.

Ella asiente lentamente y suspiro aliviado cuando comprendo que ya la sesión de interrogatorio ha terminado. Bueno, al menos por ahora.

—Necesito ir al baño —dice y se pone en pie. Tan pronto lo hace sus piernas flaquean y se sienta nuevamente sobre el mueble.

—¿Te encuentras bien? —rápidamente llego a su lado y el pánico se apodera de mí cuando veo su rostro blanco como un papel.

—No lo creo... —susurra antes de que su cuerpo caiga inerte en mis brazos.

— ¿Isabella? —Quito un mechón de cabello que cubre su rostro, sus parpados se agitan como si estuviera sumergida en un sueño profundo; se ve tan serena, las huellas de las lágrimas apenas se perciben, más evidentes son las ojeras oscuras debajo de sus ojos pero sus facciones entristecidas y angustiadas han desaparecido ahora que está inconsciente. Mi vista vaga por su rostro y casi de forma automática el dorso de mi mano acaricia su mejilla. Recuerdo entonces, es primera vez que la veo tan cerca—. ¡Mierda!

Meto un brazo detrás de sus rodillas y con el otro rodeo su cintura para alzar su cuerpo delgado y llevarla a mi habitación.

Una vez allí la deposito sobre la cama, por muy tonto que parezca no sé que más hacer salvo quedarme de pie y pensar en que nunca se me hubiese ocurrido que ella, justamente esa chica... siendo quién es, está en mi cama desmayada de cansancio y murmurando palabras inentendibles.

¡Infiernos! Padre va a matarme por esto.

Salgo de prisa y busco mi chaqueta de cuero que dejé en la sala.

Ubico mi celular e inmediatamente marco el número de la única persona que sé, iba a ayudarme en esto. Al final, todo ha sido para salvarle el

pellejo.

—Ven enseguida —cuelgo sin esperar respuesta y camino hasta el mesón donde ahora reposa la taza de café. Tomo el líquido frío en dos tragos, no sabe igual pero realmente me importa una mierda. Minutos después Aldo abre la puerta y me ve sentado sobre el sofá, donde antes estaba Isabella, con mis codos en mis rodillas y cabeza encerrada en mis manos.

—¿Dónde está? ¿Algún accidente? ¿Vidrios rotos? ¿Platos quebrados...?
—Lo miro para que se calle de una vez—. ¿Nada de eso? Quería ver acción, hermano.

—Cállate Aldo, se desmayó. Está en mi habitación ¿Crees que fui tan tonto para decirle la verdad?

—Sabía que no lo harías pero te has involucrado demasiado. Se supone que no debía ser así, ella ni siquiera debería saber de nuestra existencia.
—Con desenfado desparrama su cuerpo sobre el mueble que anteriormente yo ocupaba y junta sus manos sobre su pecho.

—Lo sé, lo sé ¡Maldita sea! Pero esa niña es demasiado curiosa para su bien —jalo las puntas de mis cabellos. Me siento frustrado. Aldo tiene razón.

—Por cierto, he notado que ya no es ninguna mocosa... —alzo mis ojos y los entrecierro hacia él, lo veo mover sus cejas de arriba abajo repetidas veces y sonrío con picardía—. Esas piernas y esos pechos debajo del uniforme...

—¡Basta Aldo! —gruño y me lanzo sobre él sujetando en mis puños su camisa. Mi hermano me observa con asombro y me empuja hacia atrás.

—¿Pero qué te sucede? Ni siquiera con Priscila te pones así —menciona a la chica con la se puede decir he tenido la relación más estable en toda mi vida. Al menos ante los ojos de mi padre pero entre ella y yo sabemos que nada es en serio, más allá de los ratos de placer que ambos nos damos.

—Estás hablando estupideces. Mejor ve a dar una vuelta por el internado, necesito saber si la policía anda rondando por allí —espeto quedándome en pie.

—¿Y crees que ella hablará?

—No.

—¿Estás seguro? —me mira con escepticismo y yo endurezco mi mirada.

—Confía en mí, la tengo comiendo de mi mano.

Y presiento que algún día voy a arrepentirme de todas las mentiras que he dicho.

Capítulo 10